

LABERINTOS: transcurso por las señas del sentido

*Leer es una acción íntima, personal y propia
que conlleva en sí misma un compromiso existencial.
En ella se nos revela siempre una realidad invisible
y concreta a manera de historia que nos narra
el sentido de quienes somos y, a la vez,
abre el horizonte de otra realidad*

La actual y futura función del libro se nos presenta, como un gran horizonte abierto que nos lleva de la mano a la lectura como creación de conciencia y narratividad o formación de psiquismo.

El punto de partida, para este conjunto de consideraciones, es tomar conciencia de cómo la situación del libro, en el tiempo presente, ha cambiado profundamente. Hemos pasado de un mundo editorial preocupado y centrado en la difusión del conocimiento y del libro como objeto y transmisor del mismo, a una enorme concentración empresarial, dando lugar a lo que llamamos industrias culturales, donde la función del libro queda oculta por los grandes medios de comunicación, la publicidad y el ocio o entretenimiento. Por otra parte, estos grandes grupos imponen el gusto y los temas que se deben leer, cosa que logran a través de grandes campañas publicitarias. Efecto de dicha concentración empresarial es la compra de las redes de distribución y la creación de grandes cadenas comerciales. Consecuencia de ello, sería que el tema propiamente editorial, en la actualidad, ha quedado casi exclusivamente en manos de las pequeñas editoriales de reciente creación quienes asumen la responsabilidad de la difusión de los nuevos autores y las tareas innovadoras del conocimiento. Todo ello hace que desde un tiempo a esta parte, escuchamos múltiples mensajes acerca de la muerte del libro que supuestamente sería sustituido por las grandes redes de información y comunicación y, en síntesis, por los soportes que ofrecerían las nuevas tecnologías. Pero nada de esto está sucediendo de forma completa, sino selectiva, dado que el libro es un objeto completo y acabado en sí mismo y capaz de resistir la competencia de otros soportes nuevos. Lo primero que hemos de entender es que el libro en su formato tradicional es un objeto hipertextual e interactivo. Esa es la función que realizan, precisamente, sus índices. Pero quizás lo que habríamos de tener en cuenta es que la hipertextualidad no es una cualidad del objeto, sino de la mente del lector.

De este modo, podemos concretar que la nueva función social y antropológica del libro, como mediación del lector y de su lectura, es crear una conciencia ética y crítica; conducirnos a una interacción reflexiva; dar contenido a nuestro psiquismo por medio de la narración de historias. Pero también hemos de tener en cuenta, cómo el ámbito de lectura no es únicamente el texto escrito, sino que pueden formar parte de esta actividad el contacto con el universo, con la historia y sus tradiciones y, finalmente, los libros en tanto textos que nos hablan de múltiples realidades, que de alguna manera forman parte de nosotros mismos. Y así, leer es la capacidad de comunicarse con lo abierto, con la

experiencia de lo otro. Es ante todo, una actividad de invención frente a los datos que captamos de la realidad, sea ésta cósmica, histórica o literaria.

Jorge Luis Borges nos ofrece un bello texto que titula *La muralla y los libros*, en que se nos plantean algunas de las inquietudes que en sí mismo aporta el libro como transmisión de conocimiento y de historias. Extractamos de este texto únicamente sus primeras ideas:

Leí, días pasados, que el hombre que ordenó la edificación de la casi infinita muralla china fue aquel primer Emperador, Shih Huang Ti, que asimismo dispuso que se quemaran todos los libros anteriores a él. Que las dos vastas operaciones —las quinientas a seiscientas leguas de piedra opuestas a los bárbaros, la rigurosa abolición de la historia, es decir del pasado— procedieran de una persona y fueran de algún modo sus atributos, inexplicablemente me satisfizo y, a la vez, me inquietó. Indagar las razones de esa emoción es el fin de esta nota.

Históricamente, no hay misterio en las dos medidas. Contemporáneo de las guerras de Aníbal, Shih Huang Ti, rey de Tsin, redujo a su poder los Seis Reinos y borró el sistema feudal: erigió la muralla, porque las murallas eran defensas; quemó los libros, porque la oposición los invocaba para alabar a los antiguos emperadores. Quemar libros y erigir fortificaciones es tarea común de los príncipes; lo único singular en Shih Huang Ti fue la escala en que obró. Así lo dejan entender algunos sinólogos, pero yo siento que los hechos que he referido son algo más que una exageración o una hipóbole de disposiciones triviales. Cercar un huerto o un jardín es común; no, cercar un imperio.

Después de leer este extraordinario texto de Jorge Luis Borges, nos preguntamos de nuevo por la función actual, y posiblemente futura, de libro y la lectura. Lo que en el fondo formulamos aquí, es una hipótesis que me parece razonable e incluso selectiva y novedosa. Me refiero a que tanto el libro en sí mismo, como la lectura, estarían llamados a ser los creadores de una conciencia ética. ¿Y qué sería una conciencia ética, es decir una fina sensibilidad frente al otro? Indudablemente que la conciencia ética se referencia en directo a una especial sensibilidad, para captar cómo afectan al otro cualquiera de nuestras acciones, obras, producciones o actitudes y valores.

Ahora bien, esta función que realiza el libro y la lectura no se puede llevar a cabo en el vacío o en abstracto, sino que cobran su sentido y significación precisamente del contexto social. Y el contexto en el que hoy nos movemos es la sociedad del conocimiento.

Y decimos sociedad del conocimiento, que no de la información. Lo cual quiere decir que la mediación que es fuente de todos nuestros recursos: es el conocimiento, es decir, una actividad cognitiva que ya no tiene su origen en una autoridad que transmite saberes, habilidades o aprendizajes, sino que estos surgen de la investigación, de la experiencia propia y singular. Debido a lo cual todo conocer y todo saber arranca siempre de una actividad histórica y concreta que no es otra que la investigación. Somos cada uno de nosotros quienes nos transformamos en fuente y origen de conocimientos.

Esta idea implicaría cambios sustanciales tanto en la organización de la academia, como de la sociedad. Ambas quedan absolutamente en estado de crisis pero, sobre todo, lo que entra definitivamente en crisis es el principio de autoridad tradicional, en cuanto originante de la realidad o del conocimiento.

Otro aspecto importante de la sociedad del conocimiento es que no sólo cambia la fuente de conocimiento como recurso propio y universal, sino que cambia también la mediación tecnológica. Hasta ahora la mediación tecnológica que se ha estado utilizando en la sociedad, para su organización y producción de bienes y servicios, es lo que hemos llamado tecnología industrial basada, esta tecnología, en la máquina de vapor y ésta en el modelo del principio de causa eficiente, es decir, un modelo de procesos irreversibles y determinantes. El proceso siempre se inicia y se orienta de izquierda a derecha, nunca le es posible fluir al contrario. Por eso mismo son procesos irreversibles y determinados. No cabe el retorno.

La tecnología digital es reversible e interactiva, no tiene límites en el acto de convertir cualquier realidad física en realidad virtual. Y esto lo hace por un procedimiento muy simple: la asignación a cualquier realidad de ceros y unos. De este modo, podemos manejar un movimiento, un sonido, una imagen, un texto, etc. Toda realidad, en cualquier estado que se encuentre, es convertible en realidad virtual.

Entonces, la sociedad del conocimiento se estructura, a su vez, en redes digitales. Todo este conjunto de hechos nos abre un horizonte nuevo para la comunicación, la información, el conocimiento, los aprendizajes y, por supuesto, para la ideación de la edición. Ofrece nuevas oportunidades a la sociedad en su conjunto. Pero, sobre todo, nos compromete con la novedad y la invención social. Y así, en verdad, *el libro espera para contarnos una historia*. Es ésta el eje que proyecta el libro hacia el futuro y nos ofrece el sentido de toda cultura. Lo que nunca es fácil encontrar es el motivo por el cual se pueden quemar libros, si no es privar al otro del derecho a leer al igual que cercar un Imperio de murallas para excluir al otro, al diferente, en definitiva, por medio a su presencia.

No olvidemos que los libros son los guardianes de la memoria histórica y esta facultad nos hace presentes siempre a otro, especialmente su experiencia de vida que nos confronta o enriquece con su novedad. Construir murallas significa, sobre todo, miedo al otro, al diferente; pudo haber sido este hecho en otro tiempo un motivo de seguridad, o bien para conservar el poder como única referencia para los demás.

Pero en ambos casos: la quema de libros y la construcción de murallas cumplen, en el fondo, una misma función: olvidar la historia, prohibir el contacto con el otro o comunicarse con otras experiencias.

A los poderosos les estorba la posibilidad de conversar y conocer otras experiencias. Se supone que los libros nos narran experiencias. Y así, tanto la tarea de cercar un imperio como la quema de libros, no son una tarea común, sino muy singular y que definen perfectamente a quienes la realizan.

Alberto Manguel ha escrito bastante sobre lectura y sus diferentes tipos. En un reciente artículo sobre él y su obra, dice un articulista de *El País* en sus páginas de cultura: «Leer será en el futuro un acto de rebeldía». Todo hoy nos empuja a que olvidemos el ejercicio de la lectura o bien que suplamos por otro menos comprometido antropológicamente.

«El capitalismo actual no puede permitirse un consumidor lento, y la literatura requiere lentitud». Vivimos en una sociedad líquida, todo fluye a gran velocidad, nos dice Bauman.

«El amor por la lectura se aprende, pero no se enseña. Nadie puede obligarnos a enamorarnos», es decir, nadie nos puede obligar a aprender las cosas más fundamentales de la vida y, por lo tanto, a aprender a leer. Todo ello surge más bien de un aprendizaje incidental.

Esto me recuerda lo que comenta Jorge Eliécer Ruiz en su biografía de Pedro Gómez Valderrama, cuando nos dice: «la reflexión es la patria de los escritores y sólo en la meditación se los puede comprender».

Mi nuevo concepto del libro lo planteo como una hipótesis. Y así, el libro y su narratividad, son, en verdad, fuentes creadoras de conciencia crítica y de contenido psíquico, de intimidad, de silencio reflexivo. Todo ello supone la invención de una nueva dimensión ética.

En consecuencia, libro es todo aquel texto que logra contarnos una historia y nos conmueve, y posiblemente es también capaz de cambiar nuestros valores. Y ésta es, ciertamente, la función social de la lectura hoy.

De esta manera, podemos afirmar con toda claridad que el libro verdadero es la mediación textual, capaz de narrar una historia configuradora del psiquismo humano.

Se entiende, entonces, que la lectura es otra *cosa*. No se trata de un ejercicio instrumental o funcional, sino que la lectura es un profundo ejercicio de *silencio* interior. Leer supone,

en primer lugar *callar*; apaciguar la loca de la casa, la imaginación, como diría santa Teresa y, situarse en un ámbito del *recogimiento*. Leer es, ante todo, *estar en silencio interior*; más allá de todo ruido físico o mental. Es una experiencia que merece la pena hacerse, como escuchar música o contemplar un cuadro o ver una película que nos implica.

La lectura nos puede relacionar con nuestras conexiones cósmicas a través de nuestro soma. Y sentir cómo ellas habitan nuestra intimidad personal. En este sentido el ejercicio innovador y cultural de la lectura es la clave de la vinculación con una realidad dinámica y evolutiva que fluye intensamente como magia del cosmos, en nosotros como interioridad.

«Lectura y silencio» revelan la intimidad que se nos oculta en el cuerpo. De alguna manera, bajo este aspecto, «leer es cambiar de estado», como en el acto y la experiencia de la escritura personal.

Todo esto nos lleva a pensar la interioridad, la conciencia crítica y alternativa, como un *Aleph* borgiano, un espacio donde se juntan todos los puntos: un ámbito de referencia, significación y valor del que nace la propia visión del entorno y del Otro.

El libro del futuro se nos presenta como narración y configuración de conciencias.

Entendemos su definición en tanto aquel texto que nos cuenta una historia y al hacerlo construye una intimidad original, singular y crítica. El libro del futuro únicamente va a servir para mirarnos hacia dentro, para reflexionar y adueñarnos interiormente, materializando en nosotros la figura de la Otredad, como diálogo y conversación plural.

En este sentido todo ser humano, por el mismo hecho de serlo, tiene capacidad lectora, esto es, poder de percepción, representación y sentimiento de un entorno. Pero esta facultad no la puede ejercer con cualquier documento. Ha de conocer la técnica propia del mismo y el lenguaje de su expresión. En este sentido, leer es meditar la propia intimidad, cambiar de estado.

La capacidad lectora, pues, es intrínseca a la estructura del ser humano. Y puede cultivarla por medio de la observación detenida y meditativa del cosmos, esto es, pensar, vivir y sentir los mensajes silenciosos de la naturaleza, sus flujos evolutivos y huellas significativas paleontológicas; así como, la misma realidad biológica en su creciente dinamismo diferenciador. Por último, el documento de la sociedad y sus culturas y el libro como mediación de historias y saberes.

En síntesis, frente a una sociedad del conocimiento mundializada y en crisis civilizatoria y ecológica, negadora de todo valor singular y personal, se nos ofrece un nuevo concepto del *Libro* y la *Lectura*, capaz por su narratividad de crear conciencia y pensamiento crítico; una sociedad con un sistema alternativo de valores. De este modo, como dice Roberto Rubiano en su libro *Alquimia de escritor*, «el hombre lee para preguntar», así, acercarse a un texto, en el formato de libro, es lo mismo que prepararse para recibir una buena nueva, aquellas noticias que elevan y conmueven el espíritu al contacto con su palabra ardiente y los relatos que irrumpen en la imaginación.

Los libros siempre nos abren la puerta a una nueva sensibilidad para escuchar la voz del otro, sus conflictos, problemas y temas que habitan la sociedad.

El libro —en su radical dialogía— crea la verdadera sociedad mental del espíritu en su significativa comunicación. De lo que se trata, en definitiva, es de mirar hacia el interior y relatar las maravillas de la reflexión y experiencia que en los adentros se diseñan. El diálogo y el debate inventan nuevas ideas y culturas. Habitar culturalmente la ciudad es decidir y comprometer nuestra forma de vida y sensibilidad para cambiar un espacio urbano que nos pertenece. Habitar es Estar.

La lectura siempre nos conduce a otras dimensiones de la realidad. Por lo cual entendemos que leer es estar con otros, con otras sensibilidades y experiencias. La lectura nos descubre, puntualmente, el sentido de quienes somos.